



VERDAD Y ANUNCIO DE LA FE

Hoja Semanal y Especial Jóvenes

de la Parroquia de
Nuestra Señora Reina del Cielo

Año XV

Nº 21

07.03.2021

DOMINGO DE LA 3ª SEMANA DE CUARESMA

LECTURAS DE LA MISA:

1ª Lectura	Del Libro del Éxodo (Ex 20, 1-17).
Salmo Responsorial	Salmo 18 (Sal 18, 8. 9. 10. 11).
2ª Lectura	De la 1ª carta del Apóstol San Pablo a los Corintios (1Cor 1, 22-25).

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO^① SEGÚN SAN JUAN (JN 2, 13-25):

Se acercaba la Pascua de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén. Y encontró en el templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas sentados; y, haciendo un azote de cordeles, los echó a todos del templo, ovejas y bueyes; y a los cambistas les esparció las monedas y les volcó las mesas; y a los que vendían palomas les dijo: **«Quitad esto de aquí; no convirtáis en un mercado la casa de mi Padre».**

Sus discípulos se acordaron de lo que está escrito: *«El celo de tu casa me devora»*. Entonces intervinieron los judíos y le preguntaron: *«¿Qué signos nos muestras para obrar así?»*. Jesús contestó: **«Destruid este templo, y en tres días lo levantaré»**. Los judíos replicaron: *«Cuarenta y seis años ha costado construir este templo, ¿y tú lo vas a levantar en tres días?»*

Pero él hablaba del templo de su cuerpo. Y cuando resucitó de entre los muertos, los discípulos se acordaron de que lo había dicho, y creyeron a la Escritura y a la palabra que había dicho Jesús.

Mientras estaba en Jerusalén por las fiestas de Pascua, muchos creyeron en su nombre, viendo los signos que hacía; pero Jesús no se confiaba a ellos, porque los conocía a todos y no necesitaba el testimonio de nadie sobre un hombre, porque él sabía lo que hay dentro de cada hombre.

^① Los textos Bíblicos citados en esta HS y EJ están tomados de la Biblia de la Conf. Episc. Española.

ENCUENTRO CON JESÚS:

«Destruid este templo, y en tres días lo levantaré»



Los amantes de su propio cuerpo y de los bienes materiales, los que no aguantaban que Cristo hubiera expulsado a los que convertían en mercado la casa de su Padre, exigen que les muestre un signo para obrar como obra. Así podrán juzgar si obra bien o no el Hijo de Dios, a quien se niegan a recibir.

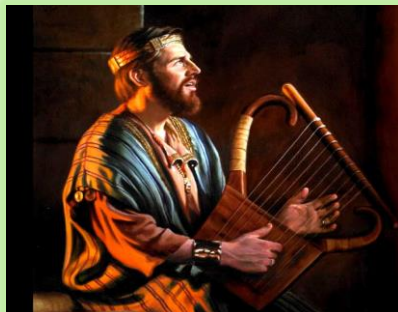
El Salvador, como si hablara en realidad del templo, pero hablando de su propio cuerpo, a la pregunta: *«¿Qué signos nos muestras para obrar así?»*, responde: **Destruid este templo, y en tres días lo levantaré.**

PAPA FRANCISCO

Catequesis sobre la oración: 10 - La Oración de los Salmos 2/3

Miércoles 14 y 21 de octubre de 2020.

Antes de entrar en el Aula, he visto a los padres del sacerdote de la diócesis de Como que fue asesinado. Las lágrimas de esos padres son “sus” lágrimas y cada uno de ellos sabe cuánto ha sufrido viendo a este hijo que ha dado la vida en el servicio a los pobres.



Cuando queremos consolar a alguien, no encontramos las palabras. ¿Por qué? Porque no podemos llegar a su dolor, porque “su” dolor es suyo, “sus” lágrimas son suyas. Lo mismo es para nosotros: “mi” dolor es mío, las lágrimas son “mías” y con estas lágrimas, con este dolor me dirijo al Señor.

Todos los dolores de los hombres para Dios son sagrados. Así reza el salmo 56: **«Tú has anotado los pasos de mi destierro; recoge mis lágrimas en tu odre: ¿acaso no está todo registrado en tu Libro?»** A los ojos de Dios no somos unos desconocidos. Somos rostros y corazones, conocidos uno a uno, por su nombre. En los salmos, el creyente encuentra una respuesta; él sabe que, incluso si todas las puertas humanas estuvieran cerradas, la puerta de Dios está abierta. Incluso si todo el mundo hubiera emitido un veredicto de condena, en Dios hay salvación.

“El Señor escucha”. A veces en la oración basta con saber esto. Los problemas no siempre se resuelven, pero quien reza sabe que muchas cuestiones de la vida de aquí abajo se quedan sin resolver, sin salida; el sufrimiento nos acompañará y, superada la batalla, habrá otras que nos esperan. Pero, sabiendo que somos escuchados, todo se vuelve más soportable. De esto nos salva la oración. Porque sucede a menudo que no entendemos los diseños de Dios; pero nuestros gritos no se quedan aquí abajo, sino que suben hasta Él, que tiene corazón de Padre, y que llora por cada hijo que sufre y que muere.

Os diré una cosa: a mí me ayuda, en los momentos duros, pensar en los llantos de Jesús, cuando lloró mirando a Jerusalén o delante de la tumba de Lázaro. Dios ha llorado por mí; Dios llora, llora por nuestros dolores. Porque Dios ha querido hacerse hombre —decía un escritor espiritual— para poder llorar.

Pensar que Jesús llora conmigo en el dolor es un consuelo: nos ayuda a seguir adelante. Ánimo, adelante con la oración. Jesús siempre está junto a nosotros.

En los Salmos aparece a menudo una figura negativa, la del “*impío*”, es decir, aquel que vive como si Dios no existiera. Es la persona sin ninguna referencia a lo trascendente, sin ningún freno a su arrogancia, que no teme juicios sobre lo que piensa y lo que hace.

Por esta razón, el Salterio presenta la oración como la realidad fundamental de la vida. La referencia al absoluto y al trascendente —que los maestros de ascética llaman el “*sagrado temor de Dios*”— es lo que nos hace plenamente humanos; es el límite que nos salva de nosotros mismos, impidiendo que nos abalancemos sobre esta vida de forma rapaz y voraz. La oración es la salvación del ser humano.

Es cierto, existe también una oración falsa, una oración hecha solo para ser admirados por los demás. Ese o esos que van a misa solamente para demostrar que son católicos o para mostrar el último modelo que han comprado, o para dar una buena imagen social, van a una oración falsa. Jesús ha advertido fuertemente sobre esto. Pero cuando el verdadero espíritu de la oración es acogido con sinceridad y desciende al corazón, entonces nos hace ver la realidad con los ojos mismos de Dios.

VII.- LA EXPERIENCIA DE FE Y LA PROPUESTA CRISTIANA (2)

La doctrina de la Iglesia sobre el sufrimiento y la muerte

El conocimiento de que la providencia amorosa de Dios respecto a cada persona es compatible con la existencia del dolor y el sufrimiento indica necesariamente que el dolor tiene un sentido. Cuando a Cristo se le preguntó por el misterio del sufrimiento manifestó que no se trataba de un castigo divino (cfr. Jn 9,2-4). El libro de la Sabiduría afirma taxativamente: «Dios no ha hecho la muerte ni se complace destruyendo a los vivos. Él todo lo creó para que subsistiera.»



Jesús, además de acercarse, aliviar, consolar y curar a los enfermos y a los que sufren, y de hablar sobre el dolor y el sufrimiento, los asumió en la Cruz convirtiéndolos en la Buena Nueva, dándole el máximo sentido. Nosotros también podemos imitar a Jesús: no hablando sobre el dolor, sino viviendo la experiencia de encontrarle sentido, como fuente de amor y de superación del propio egoísmo. Podemos acercarnos, sostener, acompañar y suscitar esperanza en quienes sufren. Cristo amó y consoló a los que sufren y Él mismo sufrió hasta la muerte de cruz. La Iglesia no elabora teorías sobre el dolor; quiere aportar a la humanidad una vocación de donación preferente hacia los que sufren, acompañándolos y sosteniéndolos en el camino.

San Juan Pablo II, en su Carta apostólica *Salvifici doloris*, se refiere al buen samaritano: «El buen samaritano de la parábola de Cristo no se queda en la mera conmoción y compasión. Estas se convierten para él en estímulo a la acción que tiende a ayudar al hombre herido con todo su corazón y medios materiales a su alcance. Se puede afirmar que se da a sí mismo, su propio “yo”, abriendo este “yo” al otro».

¿Qué podemos hacer para promocionar una cultura de respeto de la vida humana?

Recrear, en nuestra vida cotidiana, la cultura de la vida y del encuentro:

- **acogiendo** con visión sobrenatural el sufrimiento, el dolor y la muerte, cuando nos afecte personalmente;
- **ejercitando** un apoyo activo al que sufre y a su familia: podemos hacer muchas cosas para aliviar el sufrimiento ajeno y ayudar a que renazca el amor, la alegría, la paz y la esperanza;
- **orando** por los que sufren, por quienes los atienden, por los profesionales de la salud, por los políticos y legisladores en cuyas manos está actuar a favor de la dignidad del que sufre;
- **facilitando** el surgimiento de vocaciones para las instituciones de la Iglesia que, por su carisma fundacional, están específicamente dedicadas a atender a la humanidad;
- **acogiendo** con amor fraterno, afecto humano y naturalidad en el seno de la familia a los miembros dolientes, enfermos o moribundos, aunque eso suponga sacrificio;
- **haciéndonos presentes** en los medios de comunicación social y demás medios de influencia para la cultura de la vida y del encuentro y rechazar la cultura del descarte;
- **tomando parte** en las instituciones y en la vida política, tanto con el voto como con la participación activa, exigiendo el fomento de la cultura de la vida en cuestiones que afecten a la familia, la sanidad, el cuidado a los enfermos, ancianos, personas vulnerables, empobrecidos, etc.;
- **promoviendo** entre los profesionales sanitarios un concepto de medicina y de asistencia sanitaria centradas en la promoción de la dignidad de la persona en toda circunstancia;

Tenemos a nuestra disposición un sacramento —*la Unción de los enfermos*— específicamente instituido por Jesús y depositado en la Iglesia para aliviar, sostener y fortalecer al enfermo y, cuando llegue el momento, prepararse para una buena muerte.



«... Y EL PODER DEL INFIERNO NO LA DERROTARÁ ...»

«Id por todo el mundo, y predicad el Evangelio a toda criatura» (Lc 16, 15). Y la recién nacida Iglesia pone manos a la obra con entusiasmo, pero... «¿qué largo es el camino!» Largo y sembrado de obstáculos, impedimentos y tentaciones.

Es verdad que los cristianos cuentan con la promesa formal de Cristo: «tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará». (Mt 16, 18); Las dificultades encontradas por el cristianismo son de tres especies: Debe vivir las exigencias morales del Evangelio, y se halla sumergido en una sociedad corrompida. Debe confesar y propagar la fe de Cristo, y se desatan contra él sangrientas persecuciones. Debe velar por conservar intacto el mensaje de Cristo, pero en su mismo seno le acechan el error, las desviaciones, las herejías.

En Roma se trafica con todo. La preponderancia del comercio de esclavos —en ocasiones 150.000 de un golpe— de tal forma, que todo el mundo puede permitirse el lujo de tener servidumbre. Más de un tercio de la población gime en la esclavitud. Una parte del pueblo se habitúa, como a una droga, a los crueles juegos del circo. Su único ideal era «el pan y los juegos». El divorcio, el aborto, los niños abandonados, toman proporciones aterradoras; y habrás oído hablar alguna vez de las «orgías romanas». En Corinto, gran puerto de tráfico ilícitos, la inmoralidad es pública. Comprenderás ahora que, para convertir una sociedad tan podrida, el trabajo tuvo que ser enorme, pero eran fieles y se sostenían unos a otros, siendo la admiración de los paganos que los veían vivir: «Mirad cómo se aman.»

LAS PERSECUCIONES: San Esteban fue el primer mártir cristiano, muerto a pedradas durante la persecución que los judíos hicieron contra los seguidores del Nazareno. Pero esta persecución no fue más que un presagio de las que levantaría el poder romano contra estos leales servidores del Imperio. Ya San Pablo les recomendaba: «Someteos



todos a las autoridades superiores. Pues no hay autoridad sino de Dios» (Rom 13, 1).

En Roma, la esclavitud era la base del sistema económico. ¿Qué harían los cristianos? ¿Despreciar al esclavo y al bárbaro? ¿No son todos los hombres hermanos? Pero en el terreno social el cristianismo es revolucionario. Por primera vez los cristianos separan el dominio religioso del dominio político. No todo hay que dárselo al César... y de ninguna manera un culto divino. Pero en Roma, «la religión no era más que una forma sagrada de ciudadanía» (D. Rops). El culto al Emperador y a los dioses tradicionales aseguraba la cohesión del imperio. Los cristianos, negándose a someterse a esta Ley, son tenidos como ateos y malos ciudadanos, hombres extraños, que no viven como los otros, que no participan ni en los sacrificios ni en los juegos del circo; que con la pureza de sus vidas son un reproche silencioso. Esta forma de vida suscita el sarcasmo y las calumnias:

«¡El crucificado que ellos adoran debería tener la cabeza de un asno!» «En sus comidas sagradas, se alimentan de niños degollados». Frecuentemente, son los tumultos populares los que desencadenan las persecuciones: «¡Los cristianos a las fieras!» El slogan «No está permitido ser cristiano», llega a tomar fuerza de ley; el enorme engranaje jurídico se pone en marcha contra la pequeña Iglesia naciente: se la persigue.